

La
conquista
del
ESPACIO

BOLSILIBROS

GUERRA GALACTICA

A. Thorkent

CIENCIA FICCION



Los mits, una extraña y belicosa raza, lleva muchos meses combatiendo con la Superioridad por el control de los miles de mundos pertenecientes al área de influencia terrestre. Desde la Tierra, un grupo de científicos está desarrollando un arma que se supone permitirá acabar con el conflicto. El tiempo apremia y el enemigo se antoja imparable; se hace necesaria la participación de los Mundos Libres y los Mundos de la Realeza para dilatar lo suficiente la confrontación hasta que el arma esté lista.

Sin embargo, no todo es lo que parece...



CAPÍTULO PRIMERO

Nunca había salido del sector, pero conocía profundamente lo que estaba sucediendo más allá de nuestras indefinidas fronteras.

Como la mayor parte de los habitantes de nuestro núcleo, asistía con cierta indiferencia a los acontecimientos que se desarrollaban a tantos millones de años luz.

Nos sentíamos relativamente seguros, conscientes de que aquella era nuestra gran oportunidad de alcanzar los fines que nos habíamos propuesto cuando se inició el olvido por parte de la Superioridad.

Durante varios años nos dejaron tranquilos.

Y los aprovechamos.

Usamos aquel tiempo para desarrollar los planes que durante lustros siempre nos «boicotearon». La gente de la Superioridad estaba demasiado ocupada para acordarse de nosotros. Siempre habíamos sido una molestia y foco proporcionador de problemas, según su categórica afirmación.

Por ende, cuando nos reunimos y nuestro jefe nos leyó el mensaje que apenas hacía horas se había recibido de la Tierra, nos quedamos en silencio un buen rato, estupefactos.

Allí había medio millar de altos jefes, y ninguno supimos qué responder al presidente de la reunión.

Luego, claro, cuando alguien rompió el hielo, las sugerencias, protestas y denuestos se prodigaron. Después de alcanzarse cierta serenidad, nos pusimos a votar.

El resultado fue sorprendente, pero más tarde, cuando llegaron las confidencias y revelaciones, supimos que cada

uno votó que sí, pensando que su voto no influiría.

La respuesta tenía que ser afirmativa, a no ser que quiéramos invalidar la votación. Nadie se atrevió a solicitar una segunda ronda.

Así de sencillo, decidimos ponernos al lado de la Superioridad.

Cuando se piensa que hemos sostenido contra la Superioridad una tenaz y sorda lucha por espacio de un siglo, es posible que algún testigo imparcial no comprenda nuestro proceder.

Pero estaban los otros, como a menudo llamábamos a los mits.

Tal vez hubiéramos preferido mantenernos como hasta entonces al margen, pero todos los acontecimientos parecían condenarnos a tener que elegir un bando. Y claro, puestos a elegir, la elección no resultaba muy dudosa.

Al menos, los de la Superioridad eran humanos.

En cuanto a los mits...

Pero estos merecen un apartado.

Había que ir a la Tierra, y teníamos que elegir al hombre encargado de trasladarse allí, con lo que suponía todo aquello. Era un viaje largo y plagado de peligros. Nunca la galaxia estuvo tan inmersa en un mar tan borrascoso como aquel.

Alguien propuso que fueran los de la Superioridad los que se trasladasen a entrevistarse con nosotros. ¿No querían nuestra ayuda? Pues entonces que se molestasen en hacer el viaje.

Pero luego, llegaron las opiniones de los románticos, los que aún mantenían vivos recuerdos de los planetas de donde procedieron hacía muchos años, huyendo del caos imperial, por fortuna ya fenecido. ¿Quién de nosotros no descendía de los mundos humanos?

Casi unánimemente me señalaron con el dedo.

Yo me quedé asombrado, aunque un tanto orgulloso por la designación. Si al principio pensé que había sido ele-

gido por mis cualidades personales, luego tuve que pensar que tal vez habían llegado mis compañeros a preferirme a mí porque recientemente había probado con gran éxito mi nueva nave de transporte, del tamaño de un acorazado, y capacitada para ser transformada en una ciudad guerrera, después de ligeros trabajos en su fuselaje y estructura. Accedí a todo ello aún un poco envanecido por lo que entonces consideré un triunfo mío ante todos mis colegas. Por supuesto, los gastos de la adaptación corrieron a cargo de la Asamblea.

En menos de dos semanas, mi hermoso carguero estelar estuvo dispuesto a combatir, dotado con los más poderosos medios de defensa y ataque. Mi tripulación fue incrementada con voluntarios.

Mario Mur se ofreció a ser mi segundo de a bordo, y le acepté, entusiasmado. Mario y yo habíamos tenido anteriormente algunas pequeñas disputas, relacionadas con las prioridades en las rutas comerciales, pero siempre terminábamos entendiéndonos.

Pasaron los días, y la euforia que me embargó al inicio de todo aquel jaleo fue disminuyendo. Creo que Mario tuvo la culpa de todo. Porque sus conversaciones siempre derivaban en el tema de lo que podíamos conseguir si salíamos triunfantes.

Mario resultó ser un tipo muy pesimista, y terminó contagiándome. Dudaba de todo y desconfiaba hasta de su propia sombra. Me expuso sus pensamientos, y casi terminé pensando como él.

—Nunca hemos obtenido ninguna ventaja de la Superioridad —dijo—. ¿Por qué ahora ha de ser diferente todo? Si les ayudamos y somos capaces de ganar la guerra conjuntamente, ¿estás seguro de que cumplirán con los compromisos que aún tenemos que discutir y pactar? Lo dudo. Y ahora pensemos que nos hundimos con ellos. ¿Qué pasaría? Sencillamente, los mits tomarían como enemigos nuestros mundos, y los considerarían como inminentes objetivos

en sus planes de conquista, aunque previamente no los hubieran incluido. No, Olaf. Hay poco para ganar, y expone-mos muchísimo.

—¿Qué sugieres tú? —le pregunté, ligeramente enfada-do.

—Esperar. Dilatar cuanto podamos la respuesta a la Su-perioridad. Tenemos, antes, que ver lo que pasa. ¿Por qué embarcarnos en una nave que no sabemos si es capaz de llegar a su destino?

—Debiste decir todo esto en la asamblea...

—Sí, tienes razón.

—¿Qué votaste?

Mario apartó de mí la mirada.

—Dije que sí.

Yo le sonreí, le golpeé amistosamente en la espalda, y le dejé con sus problemas. Tenía demasiado ocupándome exclusivamente con los míos.

Preparar una nave para un viaje de cientos de años luz requiere una buena dosis de paciencia, y conocer profun-damente cada pequeño detalle.

El costo para instalar en la proa los proyectores láser terminó duplicando el presupuesto inicial. Algunos jefes gruñeron, pero terminaron aportando su dinero al final.

Aistarh, el presidente de la Asamblea, estuvo conver-sando conmigo el día antes de la partida.

Era ya mayor, entonces, Aistarh. Nadie sabía exacta-mente cuántos años tenía, pero se le calculaban más de cien. Era una edad respetable en los Mundos Libres, donde se carecía de los más avanzados medios para prolongar la vida. En los mundos de la Superioridad, el promedio era mucho más alto que entre nosotros.

Aistarh me expuso sus pensamientos con toda claridad:

—Hasta ahora hemos podido mantener esta extraña si-tuación con respecto a la Superioridad, Olaf. Nuestra inde-pendencia no ha sido nunca total. Sé que corremos gran-des riesgos en esta ocasión, no importa cuál sea la decisión

que adoptemos. Si nos negamos a ayudar y la Tierra sale vencedora, esta se revolverá contra nosotros furiosa apenas restañe sus heridas; pero si la ayudamos y las cosas marchan mal contra los mits, nuestros planetas caerán al lado de la Superioridad. Habremos luchado por una causa que no es la nuestra —suspiró, agregando—: Y está la tercera alternativa que ya conoces. En caso de que salgamos triunfantes, puede ocurrir que la Superioridad busque mil excusas para negarnos nuestra recompensa. Después de los instantes eufóricos de la victoria, empiezan las divagaciones, las disminuciones de los méritos contraídos por aquellas personas o entidades que no conviene reconocer plenamente.

Gruñí algo entre dientes y respondí:

—Mejor sería no hacer caso al mensaje; no ir a la Tierra.

Aistarh sonrió tristemente.

—En casos como este no se puede permanecer al margen. Ya lo sabes. Una neutralidad a ultranza termina siempre ofendiendo al vencedor. Pero tenemos que considerar que la Superioridad está compuesta por humanos como nosotros y...

—... Y los mits no lo son —terminó recordando el argumento del grupo que existía en la Asamblea, minúsculo, que defendía la alianza con la Superioridad.

Los mits no son humanos, me decía constantemente aquella cálida mañana en la que ascendí a mi nave, *Argon*, dirigiéndome al puente de mando.

Por la pantalla, observé al grupo de jefes que habían acudido a despedirme. Estaban casi todos, procedentes de todos los Mundos Libres. De nosotros dependían muchos millones de personas. Nos considerábamos seres libres, que no consentíamos ser gobernados por nadie, pero que pretendíamos tener relaciones con todo el universo. Nosotros estábamos intentando implantar un nuevo sistema de convivencia, que no era bien mirado por el poder centralista de la Tierra. Alegamos que una serie de planetas no po-

dían ser gobernados adecuadamente, mediante leyes totalitarias desde la gran distancia. Pero la Superioridad Terrena insistía en llevarnos la contraria.

Yo siempre había pensado que, de no surgir los mits, la Tierra hubiera terminado enviando sus flotas armadas hasta nuestros mundos para someternos.

A mi lado estaba sentado Mur, repasando los informes enviados desde los distintos departamentos de la nave. Todo parecía correcto. Se volvió hacia mí, asintiendo con la cabeza.

—Partida en diez segundos.

Se encendió una luz roja encima nuestro. En cada cabina, pasillo, dormitorio y cabina de fuego de la nave se habría encendido una luz igual. Todo el mundo tenía que estar dispuesto para la partida, para iniciar el largo vuelo por el espacio estelar.

Apenas estuvimos a unos veinte millones de kilómetros del planeta cuando ordené la inmersión en el hiperespacio. Habíamos necesitado dos días para alcanzar aquella distancia. Sonreí, divertido, pensando que, cuando estuviésemos navegando en el hiperespacio, recorreríamos una cantidad de distancia semejante en menos de dos horas.

Pasé la mayor parte del tiempo en el puente; incluso cuando Mur me relevaba, me quedaba un buen rato allí, conversando con él. Me sentía orgulloso poseyendo aquella nave. Sabía que todos me la envidiaban un poco. Era un gran crucero. Los mundos libres poseían una gran y moderna flota de cargueros y transportes, cosa que nunca agradó a la Superioridad. Nuestro intenso comercio con los Planetas de la realeza era intenso, mayor a cada día.

El *Argon* había llegado a mi planeta escasamente días antes de que cayera Lladistar, el mundo que tenía fama, en la galaxia, de construir las mejores naves estelares. Lladistar pertenecía en cierta manera a la Superioridad, y fue uno de los mundos que primeramente atacaron los mits, después de romper el frente. A todos nos asombró un poco lo suce-

dido porque Lladistar siempre poseyó una gran fuerza armada. Pero la Tierra requirió aquellas fuerzas para defender otros sectores, dejando indefenso prácticamente el planeta. El Alto Mando terrestre demostró una gran ineptitud en aquella ocasión. Lladistar se perdió, y nosotros, los Mundos Libres, nos quedamos sin suministros.

¿Acaso la Tierra consintió deliberadamente que Lladistar fuese conquistado por los mits para así dejarnos sin nuevas naves? Aquella era la pregunta que se hacían algunos jefes, que no dudaban en sospechar de todo lo que la Superioridad hacía, pensando que siempre adoptaba la postura que más pudiera perjudicarnos.

Lladistar, aunque pertenecía a la Superioridad, poseía algunos privilegios, cierta autonomía económica. Sus habitantes eran muy orgullosos al respecto, y nunca consintieron que los terrestres se inmiscuyeran en sus asuntos internos. Si ellos querían vendernos naves, lo hacían por encima de cualquier tipo de presión.

Naturalmente, muchos jefes pensaban que la Tierra nunca se arriesgaría a perder un planeta en manos de los mits, por el simple deseo de dejarnos, por algún tiempo, sin recibir naves con las que seguir nuestro comercio. Yo estaba entre ellos. La Superioridad perdió mucho más que nosotros con la caída de Lladistar. Ellos también conseguían de ese planeta miles de naves para su armada, siempre necesitada, con la guerra, de nuevas unidades.

Una comisión estaba haciendo gestiones actualmente con uno de los mundos de la Realeza que, extrañamente, en lugar de intrigar contra sus vecinos, como era lo acostumbrado, se dedicaba en sus astilleros a construir naves. Por supuesto que los precios habían subido últimamente, pero no teníamos otra alternativa que acudir a ellos si queríamos seguir renovando constantemente nuestro material de navegación estelar.

Mientras se viaja por el hiperespacio, se está tranquilo. Solo existía una probabilidad entre mil de ser detectados.

Hice mis cálculos y estábamos atravesando una zona en donde las naves mits y de la Superioridad se disputaban el derecho de poseerla.

Cincuenta años luz más adelante no tendríamos otro remedio que surgir del hiperespacio y viajar a media velocidad lumínica para aproximarnos al sistema solar. No se puede viajar entre planetas cercanos a un índice superior a la luz.

De debajo de mi panel de mandos, de un cajón, saqué el sobre precintado que contenía el código con el cual debíamos identificarnos si éramos detenidos por alguna nave terrestre. El emisario de la Superioridad nos había asegurado que, con aquella clave, no podíamos tener ningún problema para llegar hasta la Tierra... siempre que no fuese alguna unidad mit la que nos interceptase, claro.

Estaba de guardia cuando el técnico en detección hizo sonar la sirena de atención. Hacía diez horas que navegábamos en el espacio normal, decelerando constantemente para alcanzar un tercio de velocidad lumínica.

—Objeto no identificado en cuadrícula RT-89. Distancia, diez mil kilómetros. Nos ha detectado.

Permanecí en silencio. Sabía que los hombres del puente me estarían mirando de soslayo. Mur, a mi lado, estaba tranquilo. Ambos sabíamos que, dentro de unos segundos, tendríamos más noticias respecto a aquel objeto. Los de detección no tardarían en ampliarnos detalles.

—No es una nave de la Superioridad, señor —dijo la voz, ligeramente alterada.

—Entonces debe ser mit —gruñó Mur.

El hombre de Comunicaciones me preguntó si debíamos emitir a la nave mit cuál era nuestra procedencia y nacionalidad.

—¿Para qué? —dije con aspereza—. En la zona que nos hallamos, para una nave mit cualquier otra nave es un enemigo.

—¿Entonces? —me preguntó Mur, sonriendo torvamente, como si ya adivinara cuál iba a ser mi respuesta.

—Zafarrancho de combate —respondí.

CAPÍTULO II

Me sentía molesto. Me hubiera gustado haber podido alcanzar la Tierra sin ningún incidente. Pero aquello hubiese sido una cosa rara. Forzosamente teníamos que recorrer una gran zona infectada de unidades de combate, tanto mits como de la Superioridad. Lo raro habría sido llegar hasta nuestro destino sin haber soportado ningún encuentro desagradable.

Intenté recordar todo lo que sabíamos acerca de los mits. No era mucho, pero en eso teníamos ventaja respecto a nuestros circunstanciales enemigos: ellos no sabían nada de nosotros, de nuestras tácticas de guerra.

Tener que luchar contra alguien que uno no consideraba como su enemigo aún no resulta agradable. Pero los mits no escucharían nuestros argumentos. No nos creerían si decíamos que solo éramos una nave neutral con destino a la Tierra. Se limitarían a abrirnos fuego porque para ellos cualquier humano que estuviese en aquel lugar no podía ser sino un adversario.

Mur me dijo algo referente a que si combatíamos, los mits nos considerarían ya como enemigos.

—No temas por nuestra neutralidad. Si destruimos esa nave, lo haremos como si fuéramos de la Superioridad. En Mit nunca sabrán que hemos sido los hombres libres —sonreí—. Y en el caso de que ellos nos destruyan a nosotros, apuntarán la victoria con un emblema de la Superioridad. Los Mundos Libres, en todo caso, quedarán al margen en este combate. Simplemente, tenemos que luchar porque no hay otra alternativa.

—He escuchado rumores referentes a que las cosas están muy mal para la Tierra. Miles de naves mits la tienen prácticamente sitiada —murmuró Mur—. Y parece ser cierto. Estamos muy cerca del Sistema Solar.

—No van los acontecimientos por buen camino para la Superioridad. Y los mits parecen haber adivinado que, si consiguen apoderarse de la Tierra, acelerarán el fin de la guerra.

Las pantallas frontales empezaron a encenderse. Varias de ellas mostraban la imagen de la nave mit ampliada varios miles de veces. La observé. Era extraña. Nunca había visto nada semejante. Pero a pesar de su frágil apariencia, sabía que era poderosa. Una nave en el espacio no tiene por qué ser estilizada, de bellas líneas. Si no tiene que aterrizar ninguna vez en un planeta, puede adoptar la forma que desee y ser endiabladamente maniobrable.

En cambio, la mía poseía una bella estampa desde el exterior. Nosotros precisábamos que nuestras naves pudiesen posarse en los planetas, y las queríamos aerodinámicas, capaces de perforar una densa atmósfera sin dificultad alguna.

Me humedecí los labios, y puse todos mis sentidos en la lucha que estaba a punto de comenzar.

Las naves mits disponían de proyectores láser más o menos parecidos a los nuestros. También contaban con las pantallas energéticas para defenderse de los disparos contrarios. A pesar de ser una raza no humana poseían una técnica parecida a la de los humanos de la galaxia. Alguien había dicho que los mits nos estuvieron observando desde hacía mucho tiempo, que incluso adoptaron algunas de nuestras técnicas antes de lanzarse a la guerra contra la Superioridad. Hasta entonces, no habían atacado ningún mundo que no estuviese bajo el dominio de la Tierra. Aquello demostraba que eran buenos políticos. No pretendían enfrentarse contra la extensa gama de grupos de planetas galácticos. Sabían que la Tierra componía el grupo

más poderoso de mundos, y querían aniquilar aquel poderío primero. Pero todos pensábamos que pretender apoderarse de la galaxia entera era un bocado demasiado grande para engullirlo, incluso aquella boca desmesurada que parecía ser Mit.

La nave mit había disminuido su velocidad, acercándola a los veinte mil kilómetros por hora, sobrepasando en un treinta por ciento el mínimo tolerable para poder maniobrar óptimamente en un combate. Aquella circunstancia hizo que el ceño se me contrajera. ¿Acaso los mits poseían unas técnicas bélicas que desconocía?

Consulté la distancia que nos separaba. Ya podía disparar mis armas. Estaban a nuestro alcance. Pero aquello supondría un derroche inútil de nuestra energía. Ellos podían activar aún su escudo antes que nuestro láser les alcanzase. Cambié unas rápidas impresiones con Mur. Estaba de acuerdo conmigo que debíamos acortar la distancia un poco más antes de disparar.

Claro que entonces nosotros podíamos caer en su trampa. Miré con recelo el gráfico de seguridad para emplear el escudo energético. Apenas nos quedaban treinta segundos. Después de ese tiempo, no habría tiempo material de alzarlo si los mits disparaban.

Pero también ellos se estaban acercando a un punto muy peligroso. Nosotros podíamos disparar en cualquier instante, y pasados los veinte segundos, ellos no podrían defenderse de nuestras descargas.

La cuestión se estaba planteando, al parecer, en ver quién se ponía nervioso primero.

Empecé a sudar. Los segundos fueron pasando demasiado lentamente a mi criterio. Quedaban quince, luego diez, cinco, cuatro y tres.

Cuando se llegó al segundo, pensando en alguna alteración en las mediciones y, sobre todo en la seguridad de mis hombres, hundí el botón que disparaba los cañones de